

El quijotismo ruso

Fue en un mercadillo de artesanía y antigüedades de Ekaterimburgo, el pasado octubre, cuando se me reveló la esencia del quijotismo ruso. En un puesto de antigüallas y esculturas soviéticas, una me llamó rápidamente la atención, era una figura de Don Quijote que parecía hablar solo con un libro entre las manos. Hacía compañía a bustos de Lenin y Stalin. Pregunté si era Don Quijote a lo que la vendedora respondió «Don Quijote, sí», con la normalidad y la certeza de quien lo tiene por miembro de la familia.

No parece casual que el pueblo ruso haya acogido como

suyo el mito quijotesco y la popularidad de la obra sea tan notoria. Ya dejó dicho Unamuno que nadie había entendido tan bien el Quijote como los ingleses y los rusos. Un pueblo dotado con dignidad para aceptar la locura que significa ser hombre siempre encontrará en Don Quijote un espejo donde se resumen las contradicciones esenciales de la naturaleza humana. Autores como Nikolái Gógol, Vladimir Nabókov, Dmitri Merezhkovski, Iván Turguénev y especialmente Fiodor Dostoievski dedicaron palabras al Ingenioso hidalgo permitiéndonos vislumbrar los vínculos de la especial ligazón espiritual de los



pueblos ibéricos y eslavos y evidenciando hasta qué punto es penetrante la carne simbólica del hijo (¿del padre?) de Cervantes.

Según afirman reputados cervantistas rusos y españoles el caso de Rusia es un ejemplo casi perfecto de cómo una obra literaria, o mejor aún, un mito literario, trasciende los contextos históricos y sociales de la novela para ganar un contenido propio.

Ortega ya había hablado del Quijote como una «selva ideal» por la profundidad de su contenido universal alusivo a la naturaleza humana, es decir, por su poder altamente simbólico que, como todo hacer profundamente literario y poético, trasciende todo espacio y todo tiempo, pero queda ese otro lado de la interpretación desde un lugar concreto. No en vano Pessoa escribió: «La interpretación de los símbolos tiene una geografía».

«Aparécese me la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia análoga a la del alma de Don Quijote, como la expresión de



una lucha entre lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo muestra» escribió Unamuno y casi las mismas palabras usa Dostoievski que anota: «El hombre fantástico, persuadido hasta la locura de la más fantástica ilusión que pueda imaginarse, se ve de pronto asaltado por la duda que amenaza dar al traste con toda su fe. [...] El hombre fantástico siente de pronto el ansia del realismo.» Esta comprensión trágica del Quijote, la lucha entre la razón y la vida, primero desde una perspectiva del mito romántico, como en el caso de Turguénev y después en Dostoievski evidencian también la comprensión del Quijote como una profunda interpelación por el sentido profundo del realismo.

No sorprende, por eso mismo, que el Quijote además de la perspectiva trágica o romántica fuese después incorporado al realismo socialista, era de estudio obligatorio en las escuelas, como constatación del hombre como aquel animal que tiene un sentido histórico, como el ejemplo perfecto de la importancia del ideal y la justicia comunitaria y el sacrificio del individuo. El conflicto moral también está instalado en la perspectiva de lo trágico. Se trata de descubrir si son inútiles las virtudes y la voluntad de justicia en el extremo en el que el justiciero es ya sólo un loco, un bonachón, un iluminado o un idiota.

Recordemos aquí que 'El príncipe idiota' de Dostoievski, cuyo protagonista principal es el príncipe Mishkin está inspirado, según confesión del propio autor en una carta a su hermana, en Don Quijote. Dostoievski quiere representar al hombre realmente bueno, al arquetipo de la bondad, una mezcla entre Cristo y Don Quijote según sus propias palabras.

En este fracaso a priori del idealista, en este antagonismo esencial hay un ansia de lo imposible, un idealismo nacional o humano que está íntimamente relacionado con un alma periférica de la euro-

pea donde toda la reflexión profunda sobre lo humano está instalada en el hacer literario, en algo que se presenta como literatura y que es filosofía. Esta experiencia filosófica desarrollada en las obras literarias une a la cultura rusa y española en una comprensión mítica y literaria de la vida que se enfrenta a la comprensión práctica de la misma y que puede estar relacionada con la situación en la periferia cultural y geográfica de Europa.

La voluntad de la ilusión como nuestra condición de existir, una reconstrucción mítica de la existencia, la conciencia de lo trágico, la renuncia al absoluto, a lo imposible, la imposible conciliación del cuerpo y el espíritu, la comprensión de la escritura como necesidad y como fatalidad, unen la mayor parte de interpretaciones trágicas de Don Quijote en Rusia y España, ya sea como comprensión del sentido religioso del hombre o como comprensión del peligro deshumanizador de la Modernidad, pero sobre todo en esa necesidad de la superación del sentido práctico de la vida.

Dostoievski es el autor ruso que quizá comprendió el Quijote con más pasión y contenido existencial habla del libro como «el más grande y triste de cuantos libros ha creado el genio de los hombres». Dostoievski desea que este libro sea conocido por los jóvenes pues «levantaría el alma de más de un joven con el poder de una gran idea, sembraría en su corazón la semilla de grandes problemas y apartaría su espíritu de la sempiterna adoración del estúpido ideal de la mediocridad del amor propio y la vulgar sabiduría práctica».

Ortega decía que «la experiencia radical del hombre es el descubrimiento de su propia limitación, de la incongruencia entre lo que quiere y lo que puede». Aun así, el pueblo español, quijotesamente (No olvidemos el sentido negativo del término que también persiste en el ruso culto), se enfrenta vez tras vez a lo imposible, pues «lo propio de lo español, de la vida española y del hombre que la vive: [es] el imposible, el imposible como único posible horizonte» como nos dijo María Zambrano.

Esta comprensión dolorosa, trágica y lúcida de nuestro destino, del individuo y el país —no olvidemos que en lo trágico se encierra el drama de lo universal y lo particular— unen sin duda nuestros dos pueblos, en el reconocimiento del conflicto moral y existencial de tener que salvar con una mentira alguna verdad, de tener que seguir haciendo literatura para vivir, de tener que seguir siendo quijotescos.



Don Quijote y Sancho Panza vistos por Gustave Doré.